

Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica

LA VIDA ETERNA

PRIMERA PARTE • SECCIÓN DIEZ DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

por
Peter Kreeft

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nibil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nibil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nibil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.-Librería Editrice Vaticana.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1946, 1952, 1971, y de New Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1989, por la División de Educación Cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, y se utilizan con autorización. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español se ha usado la Biblia de Jerusalén, © Desclée de Brouwer, Bruxelles, (Belgium).

Los pasajes en inglés del Código de Ley Canónica, edición Latina/Inglés, se usan con autorización, derechos de autor © 1983 Canon Law Society of America, Washington, D.C.

Las citas de documentos oficiales de la Iglesia, en la versión en inglés, de Neuner, Josef, SJ, y Dupuis, Jacques, SJ, eds., *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church*, 5ta ed. (New York: Alba House, 1992). Usado con autorización.

Citas en inglés del Concilio Vaticano II: *The Conciliar and Post Conciliar Documents*, New Revised Edition editada por Austin Flannery, OP, derechos de autor © 1992, Costello Publishing Company, Inc., Northport, NY, se usan con autorización de la editorial, todos los derechos reservados. Ninguna parte de estas citas puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso específico de Costello Publishing Company.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de *Documentos Completos del Vaticano II*, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © PhotoDisc Inc.

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521

Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este cuadernillo es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los cuadernillos no sustituyen el Catecismo, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

- Sección 3: Bautismo y confirmación
- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

PRIMERA PARTE: LO QUE LOS CATÓLICOS CREEN (TEOLOGÍA)

SECCIÓN 10: LA VIDA ETERNA

1. Nuestro destino es “vida eterna”

La historia de la vida de cualquier individuo o comunidad toma su significado, punto y propósito de su fin. Por eso, para saber en qué clase de historia estamos, cuál es el “significado de la vida”, debemos conocer nuestro fin.

La Iglesia nos dice cuál es nuestro fin. Está unido a nuestro origen. En las palabras del antiguo *Catecismo de Baltimore*, “Dios me hizo para conocerlo, amarlo y servirle en este mundo y para ser feliz con Él para siempre en el cielo”.

2. La razón confirma la fe en la vida después de la muerte

La vida después de la muerte no puede ser probada científicamente, porque no puede ser observada públicamente. Pero, aparte de la fe religiosa, la mente humana puede encontrar buenas razones para creer en ella, usando la regla básica del razonamiento científico: aceptar una teoría porque solamente ella da razón adecuada de los datos. Los

datos aquí incluyen por lo menos tres piezas de evidencia para la inmortalidad.

Existe, antes que nada, nuestra búsqueda universal de “algo más” que lo que este mundo jamás nos pudiera dar. Una verdadera “vida eterna” es lo único que tiene sentido para el profundo *deseo* innato que tiene la humanidad por la “vida eterna,” un deseo que está presente en casi todos los tiempos, lugares y culturas. “Nos has hecho para ti, oh Señor, y [por eso] nuestros corazones no descansan hasta que descansen en ti,” dice San Agustín al principio de sus *Confesiones*.

Todos los deseos naturales e innatos del corazón humano, todos los deseos que se encuentran en todos los tiempos y lugares porque provienen de adentro más que de afuera, corresponden a realidades que pueden satisfacer estos deseos: alimentos, bebida, sexo, sueño, amistad, conocimiento, salud, libertad, belleza. Lo mismo debe suceder con el deseo de vida eterna.

Una segunda razón para creer en la vida eterna son los datos que se perciben por el amor. Los ojos del amor perciben a las personas como intrínsecamente valiosas, indispensables, irremplazables. Si la muerte lo termina todo, si la vida trata a estas *personas* indispensables como si fueran *cosas* dispensables y desechables, “entonces la vida es un tremendo horror. Nadie puede vivir de cara a la muerte sabiendo que todo es un vacío absoluto”. Esto lo dice hasta el agnóstico Ingmar Bergman en “*El Séptimo Sello*”.

Una tercera buena razón para creer en la vida eterna es el hecho de que tenemos almas espirituales racionales capaces de saber verdades eternas (2 + 2 es eternamente 4), y de conocer el valor eterno del amor. Esto como mínimo sugiere fuertemente que tenemos un parentesco con la eternidad, que somos más que meras criaturas transitorias.

Nuestro *destino* depende de nuestra *naturaleza* y de nuestro *origen*. Si nuestro origen es mera materia sin alma o propósito, y si nuestra naturaleza es, por lo tanto, sólo organismos materiales, átomos y moléculas, entonces nuestro destino únicamente puede ser material: volver al polvo de donde vinimos. Porque todo lo hecho de piezas materiales se puede desmoronar y morir. Pero si también somos personas, individuos, almas, sujetos, yo, entonces eso es inmortal, porque eso no está compuesto de partes como los átomos. ¡No puedes tener medio yo! El cáncer o las balas no pueden matar las almas.

3. Conocimiento instintivo de la humanidad de las “Cuatro últimas cosas”

¿Qué nos enseña la Iglesia de la vida después de la muerte? Su enseñanza se resume en las “Cuatro últimas cosas”: muerte, juicio, cielo e infierno.

Pero hasta la humanidad fuera de la Iglesia conoce instintivamente algo sobre estas cuatro cosas.

Lo único seguro en la vida es la muerte. Todo el mundo lo sabe aunque no todos saben lo que viene después.

Casi todas las religiones, culturas e individuos de la historia han creído en alguna forma de vida después de la muerte. Puesto que el sentido innato de justicia del hombre le dice que debe haber un juicio final, que en el análisis final nadie puede burlar la ley moral y salirse con la suya, o sufrir injusticias inmerecidas durante la vida y no ser recompensado justamente. Y como esta justicia final no parece ocurrir en esta vida, tiene que existir “el resto de la historia”. Esta convicción instintiva de que debe haber una justicia superior más que humana es casi universal. Por lo tanto, la segunda de las Cuatro últimas cosas, el juicio,

también es ampliamente conocida. Como dicen las Escrituras: “el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan” (Hb 11, 6). Y la mayoría de los hombres “se acercan a Dios,” la mayoría de los hombres profesa una religión, la mayoría de los hombres cree que Dios justamente “recompensa a los que le buscan”.

La mayoría de los hombres también sabe que la justicia distingue entre el bien y el mal, y que por lo tanto, después de la muerte tiene que haber diferentes destinos para nosotros, recompensa por el bien y castigo por el mal. Por lo tanto, usualmente la humanidad también cree en alguna forma de cielo e infierno.

4. El juicio como encuentro con Cristo

Lo que la Iglesia añade a esta sabiduría humana universal – lo que el hombre no podría descubrir sin revelación divina – se centra en Cristo. La Iglesia da un enfoque radicalmente más definido al sentido instintivo e impreciso de justicia del hombre hablándonos de *Dios*, y luego nos da un enfoque aun más definido a nuestro conocimiento de Dios al enseñarnos a *Cristo*.

Esto aplica también al Juicio final. Se trata ahora de un encuentro con Cristo. Porque:

- a) “En el atardecer de nuestra vida seremos juzgados por nuestro amor” (San Juan de la Cruz).
- b) Y nuestro amor es una respuesta al amor de Dios que se nos dio a nosotros en Cristo (1 Jn 4, 16).
- c) Por lo tanto, la norma en el Juicio final es Cristo. Como la vida, el juicio es Cristocéntrico. “Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios⁶⁰⁷” (C 1039).

“La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo.⁵⁷⁷ El Nuevo Testamento habla del juicio principalmente en la perspectiva del encuentro final con Cristo...” (C 1021).

5. Las opciones finales

En este juicio, “[c]ada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación⁵⁸² [purgatorio], bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo,⁵⁸³ bien para condenarse inmediatamente para siempre [infierno]⁵⁸⁴” (C 1022).

Sólo hay dos destinos eternos: el cielo o el infierno, unión o desunión con Dios, la única fuente fundamental de toda bondad y felicidad. Cada uno de nosotros estará con Dios o sin Él para siempre.

No habrá reencarnación, ninguna “segunda oportunidad” después de que termine nuestra vida.

No habrá destrucción, no habrá fin para la existencia del alma.

No habrá cambio de especie, de ser humano a ángel, o a ninguna otra cosa.

El “Juicio particular” ocurre inmediatamente después de la muerte de cada individuo. El “Juicio general ocurrirá al final del tiempo y de la historia.

Así, el guión de los eventos finales es: primero, muerte; luego, inmediatamente, el Juicio particular; tercero, o el infierno, o el purgatorio como preparación para el cielo; o el cielo inmediatamente; cuarto, al final del tiempo, el Juicio general; y finalmente “los cielos nuevos y la tierra nueva” para los que se salven.

6. *Los “cielos nuevos y la tierra nueva”*

Dios creó la tierra, por amor la hizo que existiera y vio que estaba bien (Gn 1). Nos hizo su custodio y fallamos. Pero, a pesar de nuestro pecado, Dios restaurará la tierra al final. “[Y] el mismo universo será renovado... ‘en la gloria del cielo... cuando llegue el tiempo... con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo’⁶¹⁰” (C 1042). “La Sagrada Escritura llama ‘cielos nuevos y tierra nueva’ a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo⁶¹¹” (2 P 3, 13; C 1043).

No sabemos el momento o la forma de esta transformación (C 1048). Pero sí sabemos cuáles son sus consecuencias. Las consecuencias de la esperanza del alumbramiento de una mujer embarazada son un mayor cuidado y amor por su cuerpo. Similarmente, las consecuencias de nuestra esperanza de “cielos nuevos y tierra nueva” son más amor, cuidado y aprecio y uso adecuado de esta tierra. Este universo es como una mujer embarazada; ella es máspreciada, no menos, porque otro nacerá de ella. “[L]a espera de una tierra nueva no debe debilitar sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana... Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero... interesa mucho al Reino de Dios⁶¹⁸” (C 1049). Porque “[t]odos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagados por la tierra... los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados...⁶¹⁹” (C 1050).

Esta visión nos libera al instante de dos errores opuestos: 1) el menosprecio de este mundo que tienta al “espiritista” y 2) la adoración de este mundo que tienta al “secular”. El Evangelio cristiano no puede ser identificado con y reducido a alguna “transformación de conciencia” interna y espiritual (exageraciones espiritistas del gnosticismo, budismo, Movimiento Nueva Era) o a algún programa social externo y secular de esta paz y justicia mundana (modernismo, marxismo, “el evangelio social”). No se centra en nuestras almas ni en nuestro mundo, sino en Dios, quien creó tanto nuestras almas como nuestro mundo, y quien recrea nuestras almas y nuestro mundo en Cristo.

7. La realidad del infierno

Sobre la doctrina del infierno, C.S. Lewis dice: “Si estuviera en mis manos, no hay doctrina que con más gusto yo removería del cristianismo que ésta. Pero tiene el apoyo total de la Escritura, y especialmente de las mismas palabras de Nuestro Señor; siempre ha sido mantenida por el cristianismo; y tiene el apoyo de la razón. Si se juega un juego, hay la posibilidad de perderlo. Si la felicidad de una criatura consiste en una entrega total, nadie puede hacer esa entrega sino él mismo (aunque muchos puedan ayudarlo a hacerla), y él se puede negar” (*El problema del dolor*).

Si el infierno no es real, entonces Jesucristo es un tonto o un mentiroso. Porque Él nos lo advirtió repetidamente y con mucha seriedad acerca de el infierno. Si el infierno no fuera real, la Iglesia y la Biblia también mienten porque ellas también nos informan sobre lo mismo.

Pero estas tres autoridades son también nuestra única base sólida para creer en el cielo y en el amor de Dios y el perdón. Este perdón es algo que la razón humana por sí sola

no puede conocer, ya que éste depende de la libre voluntad de Dios, y el saber esto depende de que Él nos revele esta asombrosa sorpresa. (“Fe” significa responder a esta revelación y aceptar este regalo.) De modo que nuestra base para creer en la realidad del infierno es exactamente la misma autoridad de nuestra base para creer en la realidad del cielo: Cristo, su Iglesia y sus Escrituras.

8. La causa del infierno: el libre albedrío humano

El infierno es una posibilidad real porque nuestra voluntad es libre. Si nos fijamos en las implicaciones de la doctrina del libre albedrío, encontraremos en ella la doctrina del infierno como una “parte necesaria del paquete”.

Nuestra salvación consiste esencialmente en unión con Dios, matrimonio espiritual con Dios, una relación de amor con Dios. Y el amor en su esencia es libre, una libre selección de la voluntad. Dios ha hecho su parte libremente al traernos a la existencia por amor, creándonos, y luego redimiéndonos del pecado a un costo infinito para Él, en la cruz. Pero si nosotros no hacemos nuestra parte libremente, no podemos alcanzar este fin de una unión de amor con Dios. Dios no nos obligará a amar; si la libertad es forzada ya no es libertad; y si es voluntaria, ya no es forzada.

“Salvo que elijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente [mortalmente: de manera seria, con pleno conocimiento y consentimiento de la voluntad] contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos: ‘Quien no ama permanece en la muerte ...’ (1 Jn 3, 15)” (C 1033). “Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este

estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra ‘infierno’” (C 1033).

“Dios no predestina a nadie a ir al infierno ...⁶⁰⁵” (C 1037)
La causa del infierno no es Dios sino el hombre.

9. No hay “segunda oportunidad” después de la muerte

Dios perdona todo pecado - con sólo arrepentirnos mientras aún hay tiempo (durante la vida).

Dios ya nos ha perdonado. Pero el perdón es un *don* - un regalo de amor - y un regalo tiene que ser recibido libremente así como tiene que ser dado libremente. Si no lo recibimos libremente mientras aún hay tiempo, nunca lo tendremos, no somos perdonados; tenemos justicia en vez de misericordia. “Pues el salario [justo] del pecado es la muerte; pero el don de Dios, la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 6, 23).

No hay “segunda oportunidad” luego de la muerte puesto que ya no hay más tiempo. Nuestro período de vida llega a su fin. El tiempo de arrepentimiento y salvación es ahora: “¡Mirad!, ahora [es] el tiempo favorable; mirad ahora [es] el día de salvación” (2 Cor 6, 2). Después de la muerte, nuestra alma ya no se encuentra en este cuerpo material ni en este universo material, que es el lugar donde reside el tiempo. La muerte es un “punto de no regreso”, final, definitivo. “De mismo el destino de los hombres es que mueran una sola vez, y luego ser juzgados” (Heb 9, 27).

10. ¿Cómo es verdaderamente el infierno?

Era típico de los escritores medievales usar metáforas gráficas para el infierno, mostrándolo, por ejemplo, como una prisión rodeada por paredes de mil millas de espesor

contra la cual un alfiler puede hacerle un rasguño cada siglo. Los condenados tienen menos esperanza de eventualmente escapar que tendrían los prisioneros de escapar de un lugar así.

El punto de tales imágenes no es literal, pero es infinitamente serio. Cristo usó imaginería igualmente seria. Por ejemplo, “Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela. Más vale que entres manco en la Vida que, con las dos manos, ir a la gehenna, al fuego que no se apaga” (Mc 9, 44).

La Iglesia no nos pide que tomemos literalmente la metáfora popular para el infierno: demonios con cuernos, rabos y trinchantes puntiagudos, una cámara de torturas y fuego físico. Sin embargo, sí nos pide que tomemos en serio la imaginería que proviene de Cristo. Las imágenes pueden ser ciertas aun cuando no sean literales. Y las imágenes de Cristo tienen que ser ciertas puesto que nos llegan de la misma Verdad.

La imagen de mayor prominencia es el *fuego*. El fuego es un agente de destrucción. “Jesús habla con frecuencia de la ‘gehenna’ y del ‘fuego que nunca se apaga’⁶⁰¹ reservado a los que, hasta el fin de su vida rehúsan creer y convertirse, y donde se puede perder a la vez el alma y el cuerpo⁶⁰²” (C 1034). Gehenna era un valle (*Ge Hinom*) fuera de la ciudad santa de Jerusalén. Cuando los judíos entraron por primera vez a la Tierra Prometida bajo el liderazgo de Josué alrededor de 15 siglos antes de Cristo, encontraron tribus cananeas paganas que vivían allí usando este valle como el lugar donde sacrificaban a sus propios hijos a sus malvados dioses-demonios quemándolos vivos. Los judíos reconocieron esto como algo tan sobrenaturalmente diabólico que se negaron a vivir en este lugar maldito y lo usaron sólo para quemar basura día y noche con un fuego perpetuo.

El fuego es una imagen natural del infierno, puesto que el fuego destruye. Cristo nos dice: “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna” (Mt 10, 28). El fuego del infierno podría no ser un fuego físico externo, pero ciertamente es el fuego espiritual, fuego autodestructor del orgullo, egoísmo, soberbia o rebelión: es el estado autodestructor de alguien encerrado en sí mismo, destruyéndose al negarse a entregarse en la fe, o la esperanza, o el amor. Cualquier alma que no muera a su propia voluntad, y desee la voluntad de Dios, no puede vivir con Dios en el cielo. Puesto que el morir a la voluntad propia y vivir en un amor desprendido es la esencia misma de la propia vida de Dios, y la esencia del cielo. La identificación de la salvación eterna con el amor generoso no es una “opción” sólo para “gente religiosa”; es necesaria para cada persona, puesto que depende no de la elección inconstante del hombre, sino de la naturaleza inmutable de Dios. Puesto que el amor generoso es la naturaleza esencial de la vida del Creador y Diseñador de todas las almas humanas, es la única fuente de vida para tal alma en tiempo o en la eternidad. Es para lo que estamos diseñados. La alternativa no es otra forma de vida, sino la muerte. En el tiempo, este es el estado de pecado mortal; en la eternidad es el infierno.

Cualquier otra cosa que haya en el infierno, “la pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para los que ha sido creado y a las que aspira” (C 1035). “Toda tu vida un éxtasis inalcanzable ha rondado justo más allá de lo que pueda abarcar tu conocimiento. El día llegará cuando despertarás para encontrar, más allá de toda esperanza, que lo has alcanzado, o de otro modo, que estaba a tu alcance y lo has perdido para siempre” (C.S. Lewis).

Existen muchos términos diferentes para el estado esencial del alma que se dirige al cielo: estado de gracia, “nacer de nuevo” del Espíritu, penitencia (arrepentimiento), fe, esperanza y amor (*ágape*), deseando la voluntad de Dios, morir a sí mismo, humildad y sumisión (*islam*). También existen muchos términos diferentes para el estado esencial del alma opuesto que la dirige al infierno: estado de pecado mortal, “la carne,” impenitencia, incredulidad, desesperación, desamor, egoísmo, orgullo, soberbia. La forma más simple de decirlo es ésta: “Sólo habrá dos clases de personas al final: aquellos que le dicen a Dios: ‘hágase Tú voluntad’ y aquellos a quienes Dios les dice al final: ‘hágase tu voluntad’” (C.S. Lewis, *El gran divorcio*). Todo el que llega al infierno puede cantar: “Lo hice a mi manera.”

11. Purgatorio

El purgatorio existe porque Dios es tanto justo como misericordioso.

El purgatorio es como “fuego de fundidor” (Mal 3, 2). Refina y purifica a aquellos que al momento de la muerte no son lo suficientemente buenos para un cielo inmediato o suficientemente malos para el infierno. “Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo” (C 1030). “La Iglesia llama Purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados” (C 1031).

Santa Catalina de Génova dice que aunque el purgatorio es incomparablemente doloroso porque vemos todo el horror de nuestros pecados, sin embargo es

incomparablemente gozoso porque Dios está allí con nosotros y estamos aprendiendo a someternos a su verdad, a su luz. También es gozoso porque todos los que están en el purgatorio ya han pasado el juicio particular y están seguros de su eventual entrada al cielo.

La existencia del purgatorio surge lógicamente de dos hechos: nuestra imperfección en la Tierra y nuestra perfección en el cielo.

- a) En el momento de la muerte, la mayoría de nosotros no estamos completamente “santificados” (purificados, hechos santos) aunque estamos “justificados” o salvados al haber sido bautizados en el Cuerpo de Cristo y por lo tanto habiendo recibido en nuestras almas la vida sobrenatural de Dios, habiéndolo aceptado a Él por fe y no habiéndolo rechazado con un pecado mortal sin arrepentimiento.
- b) Pero en el cielo, estaremos perfectamente santificados sin residuos de malos hábitos o imperfecciones.
- c) Por lo tanto, para la mayoría de nosotros tiene que haber un cambio adicional, alguna purificación, entre la muerte y el cielo. Esto es el purgatorio.

El purgatorio es como el portal del cielo, o la incubadora del cielo, o la lavandería del cielo. A diferencia del cielo y el infierno, el purgatorio es temporal. El purgatorio quita el castigo temporal que aún debemos por nuestros pecados después del bautismo. La fe y el arrepentimiento ya nos han salvado del castigo eterno debido a nuestros pecados, es decir el infierno. Existen sólo dos destinos eternos, no tres: cielo o infierno, estar en la presencia de Dios o sin Él.

El objetivo del purgatorio no es el pasado, y no es un castigo externo meramente legal por pecados pasados, como si nuestra relación con Dios aún estuviese bajo la Ley Antigua. Su objetivo más bien es el futuro, y es “rehabilitación” interna, es adiestramiento para el cielo. Porque nuestra relación con Dios ha sido cambiada radicalmente por Cristo; fuimos “adoptados” como sus hijos y nuestra relación ahora es fundamentalmente filial y familiar, no legal. El purgatorio es la disciplina paternal amorosa de Dios. (ver Hb 12, 5-14).

12. *¿Está el purgatorio en las Escrituras?*

Los protestantes argumentan contra el purgatorio al basarse en sus principios de *sola scriptura* (sólo la Escritura) – que por cierto es un principio que no aparece en las Escrituras. Pero:

- 1) La realidad del purgatorio se encuentra en las Escrituras, aunque no la palabra “purgatorio” – al igual que la Trinidad. Por ejemplo, las Escrituras hablan de un fuego espiritual purificador (1 Cor 3, 15; 1 P 1, 7).
- 2) Los dos principios mencionados anteriormente (en el párrafo 10) se encuentran en las Escrituras: que en la muerte muchos de nosotros aún somos imperfectos (1 Jn 1, 8) y que en el cielo todos seremos perfectos (Mt 5, 48, Ap 21, 27). Colóquense juntos estos dos principios y necesariamente surge el purgatorio.
- 3) La Escrituras también nos enseñan a rezar por los muertos “para que quedaran liberados del pecado” (2 Mc 12, 46) – lo cual es imposible para aquellos en el infierno y ya consumado para aquellos en el cielo.

- 4) Las Escrituras también distinguen entre pecados que no pueden ser perdonados sean antes o después de la muerte, de pecados que pueden ser perdonados después de la muerte (Mt 12, 31).
- 5) Finalmente, la Iglesia, a la que la Escritura llama “columna y fundamento de la verdad” (1 Tm 3, 15), siempre ha enseñado y ha definido solemne y oficialmente el purgatorio como un dogma divinamente revelado (en los Concilios de Florencia en el siglo XV y Trento en el siglo XVI).

13. ¿Qué es el cielo?

- 1) La esencia del cielo es la *verdad* o luz de la presencia de Dios. Así la describe Cristo. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero” (Jn 17, 3). La Iglesia llama a esto “Visión Beatífica”: “[v]en la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara ...”⁵⁸⁷ (C 1023).
- 2) El cielo es nuestro *hogar*, nuestro destino, nuestra realización, nuestra consumación. Cualquier otra cosa que sea, cualquier otra cosa que se sienta, se sentirá como estar en casa porque éste es el lugar para el que fuimos creados, para el que fuimos hechos.
- 3) El cielo es *felicidad*. “El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (C 1024).
- 4) El cielo es el éxtasis (palabra que significa “salir de uno mismo”) del amor de entrega olvidándose de sí (ágape) - el amor de Dios y de todas las otras criaturas bienaventuradas de Dios. Esto es lo que es Dios - “Dios es *ágape*” (1 Jn 4, 8) - y ésta es la razón por la que Dios es felicidad eterna. Sólo el amor

puede darnos felicidad completa, porque estamos hechos a imagen de Dios, a imagen del Amor. Amor (ágape) en la Tierra es nuestro mejor aperitivo para el cielo; es lo único que podemos hacer para siempre sin aburrirnos.

- 5) San Pablo describe la vida del cielo en una palabra: “Para mí la vida es Cristo y (por lo tanto) la muerte una ganancia” (Flp 1, 21). “Vivir en el cielo es ‘estar con Cristo’⁵⁸⁸” (C 1025).
- 6) Estar en el cielo también es ser tú mismo. Todos los hombres nacen con una crisis de identidad que dura toda la vida y en el cielo ellos “encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre⁵⁸⁹” (C 1025). Dios prometió que “al vencedor le daré ... una piedrecita blanca, y grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe” (Ap 2, 17). “¿Qué pudiera ser más propio de un hombre que este nombre nuevo que aún en la eternidad permanece en secreto entre Dios y él? ¿Y qué significado le daremos a este secreto? Seguramente, que cada uno de los redimidos sabrá para siempre y alabará algún aspecto de la belleza Divina mejor de lo que pudiera cualquier otra criatura. ¿Para qué otra cosa fueron creadas las personas individuales?” (C.S. Lewis).
- 7) Pero quizás la mejor definición del cielo es que es indefinible. “Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del Reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso:

[pero] ‘lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman’” (1 Cor 2, 9; C 1027).

14. El precio del cielo

Cristo habla del cielo como “la perla de gran valor” (Mt 13, 46) y como la única cosa de la que hay “necesidad” (Lc 10, 42) que hace la vida infinitamente simple a la larga. Porque existe *sólo un bien infinito*: Dios y nuestra unión con Dios en el cielo. La “Versión King James” de la Biblia nos presenta la pregunta: “¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (Mc 8, 36). ¿Quién pronunció alguna vez palabras más prácticas que éstas?

Dios consideró cada alma humana tan infinitamente preciosa que el precio que Él pagó por su salvación fue mucho más que toda la creación, fue la vida del Creador, en la cruz.

La creación entera sería un precio demasiado bajo para nosotros pagar por el cielo. “Si el reino de la naturaleza fuese mío / Ese sería un regalo muy pequeño. / El amor tan asombroso, tan divino / Reclama mi alma, mi vida, mi todo” (Isaac Watts). Todo lo que Dios quiere de nosotros es nuestro todo: nuestro corazón, nuestro amor libre. Eso es algo que Él no puede darse a sí mismo.

T.S. Eliot habla del cristianismo como “una condición de sencillez completa / Costando no menos que / Todo”.

15. El camino al cielo

El camino al cielo es “camino hacia abajo” de Dios, no un “camino hacia arriba” del hombre. Es gracia divina.

Eso es por eso que hay un camino, no muchos. Si el llegar al cielo fuera cosa de caminos hechos por el hombre

montaña arriba, entonces todas las carreteras - todas las religiones del mundo - serían básicamente iguales. Pero el camino es el de “una vía” hecha por Dios, no las muchas vías que el hombre hizo. Ningún hombre, ni siquiera un hombre que haya encontrado el camino hacia Dios, puede ser igual al Dios que encontró su camino hacia el hombre. Ni el místico, santo o profeta más importante del mundo puede fundar una religión igual a la fundada por el mismo Dios encarnado. No hay religión comparable al Cristianismo porque ningún hombre es comparable al Dios hecho hombre.

Otras religiones enseñan que el camino al cielo (o felicidad final y realización) es algún camino humano: por ejemplo, practicando yoga, o experimentando una transformación de conocimiento en ilustración u obedeciendo bien la ley, o siendo lo suficientemente sincero y bondadoso. Pero la respuesta al cristianismo es una Persona: Aquel que dijo: “Yo SOY el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Cristo no meramente nos *enseña* el camino al cielo; Él es el camino al cielo.

Y el *único* camino. Él mismo dice que: la idea no fue inventada por ningún hombre ni por la Iglesia. La Iglesia debe ser fiel a las palabras de su Maestro y no cambiarlas a algo más “políticamente correcto.”

Los hombres han construido muchas carreteras subiendo la montaña religiosa, buscando a Dios, y hay mucha verdad, bondad y belleza, que se pueden encontrar en estas carreteras. Pero Dios hizo una carretera hacia abajo - Dios se vino a ser la carretera hacia abajo - Aquel que “bajó del cielo” (Jn 3, 13) buscando al hombre. Si este hombre no es el que alega ser - Dios encarnado y el único camino al cielo - entonces Él es el mentiroso más arrogante o lunático del mundo. Y si Él es el que clama ser, entonces “no hay bajo el

cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12). Todos los que se salvan, sean cristianos, judíos, musulmanes, budistas, paganos o ateos son, en efecto, salvados por Cristo, no importa cuán imperfectamente puedan conocerlo a Él.

Los católicos lo pueden conocer con mayor detalle y profundidad que los demás, por las enseñanzas de la Iglesia que Él fundó para enseñar en su nombre y con su autoridad. Por lo tanto, los católicos tienen una responsabilidad mayor de practicar la verdad que ellos conocen plenamente y compartirla con el mundo en palabra y obra. En las palabras de San Francisco de Asís, nuestra tarea es: “Predica el Evangelio. Si fuera necesario, usa palabras”.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

⁶⁰⁷ Cf. *Jn* 12, 49.

⁵⁷⁷ Cf. 2 *Tm* 1, 9-10.

⁵⁸² Cf. Concilio de Lyon II: DS, 857: 858; Concilio de Florencia II: ibíd., 1304-1306; Concilio de Trento ibíd., 1820.

⁵⁸³ Cf. Benedicto XII, *Benedictus Deus*: DS 1000-1001; Juan XXII, Bula *Ne super his*: DS 990.

⁵⁸⁴ Cf. Benedicto XII, *Benedictus Deus*: DS 1002.

⁶¹⁰ *LG* 48.

⁶¹¹ Cf. *Ap* 21, 1.

⁶¹⁸ *GS* 39 § 2.

⁶¹⁹ Ibíd., 39, 3; cf. Id., *Lumen gentium*, 2.

⁶⁰⁵ Cf. Concilio de Orange II: DS 397; Concilio de Trento: ibíd., 1567.

⁶⁰¹ Cf. *Mt* 5, 22.29, 13, 42.50; *Mc* 9, 43-48.

⁶⁰² Cf. *Mt* 10-28.

⁵⁸⁷ Benedicto XII, *Benedictus Deus*: DS 1000; cf. *LG* 49.

⁵⁸⁸ Cf. *Jn* 14.3; *Flp* 1, 23; *1Ts* 4, 17.

⁵⁸⁹ Cf. *Ap* 2, 17.